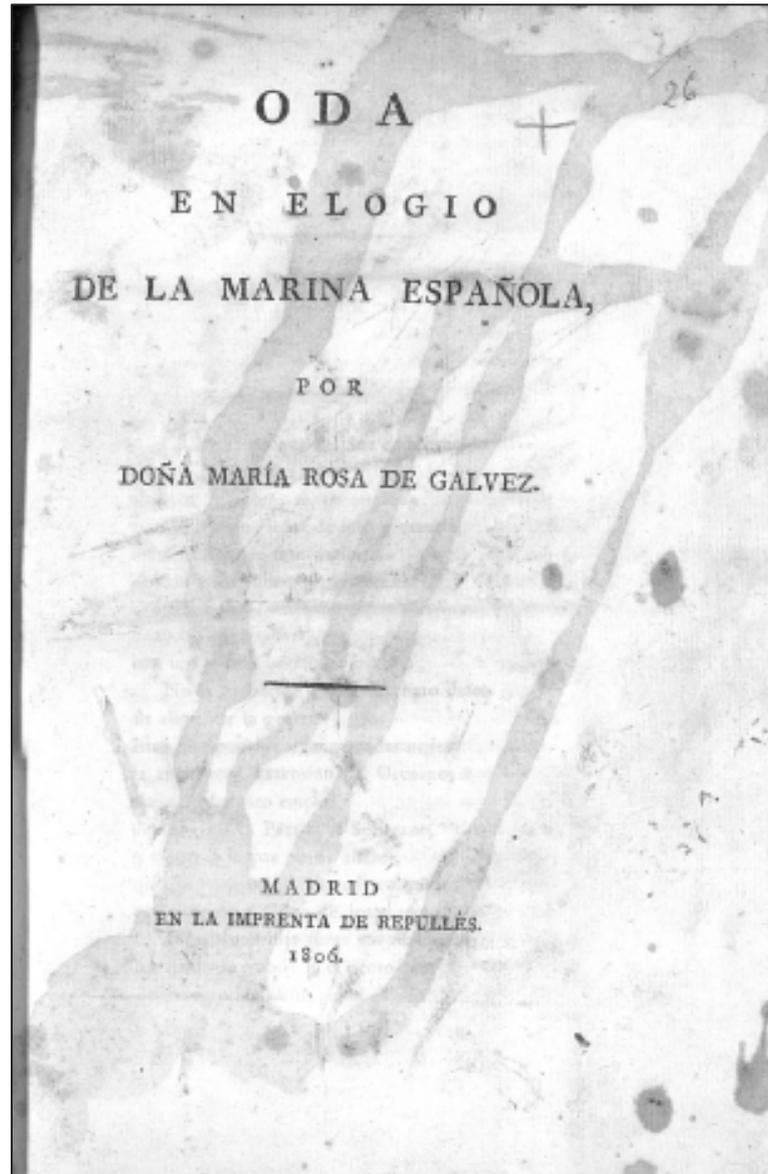


<b>AUTORA</b>	Gálvez, María Rosa
<b>TÍTULO</b>	<i>Oda en elogio de la Marina Española</i>
<b>DATOS BIBLIOGRÁFICOS</b>	Madrid: Imprenta de Repullés, 1806, 12 pp.
<b>EJEMPLAR</b>	Biblioteca Nacional Española, R/60249(26)
<b>NOTAS</b>	Poesía lírica en la que se alaba la actuación de la Armada Española
<b>EDICIÓN</b>	Beatriz Domínguez Galindo
<b>RESPONSABLE</b>	María D. Martos





[p. 1] [Portada]

Oda en elogio de la Marina Española, por Doña María Rosa de Gálvez  
Madrid: en la imprenta de Repullés. 1806.

[p. 2] [En blanco]

[p. 3] En tanto que del Sur embravecido  
anuncia la tormenta  
el soplo agitador, ronco estallido  
lanza el cañón, señal de luto y muerte,  
señal terrible de futura gloria  
debida a los valientes campeones

que del honor de España  
fijan la ilustre suerte  
con una y otra inimitable hazaña.

No la ambición, no el bárbaro deseo  
de alimentar la guerra  
hace que pueblen con armadas naves  
la anchurosa extensión del océano;  
más sí el heroico empleo  
de vengar a la Patria, al Soberano,  
y elevar a la paz puros altares,  
que de Europa Albión audaz destierra  
por usurpar el centro de los mares.

Nunca con más furor naval combate  
horrendo se trabó: ni el denso caos  
de ennegrecida niebla, ni el silbido  
[p. 4] del viento pavoroso,  
ni el tropel de las ondas borrascoso  
pudo arredrar los héroes: ya tendido  
el pabellón Hispano  
vaga a merced del aire, y sus Leones  
en tan gloriosa empresa  
vuelan a par del águila francesa.

Forman las naves prolongada línea,  
presentando erizados  
de hierro, bronce y fuego sus costados:  
la osada intrepidez, la confianza,  
la firmeza, el honor y el heroísmo  
inflaman igualmente en tal instante  
al marinero, al noble comandante;  
y sobre los alcázares movibles  
los valientes guerreros  
desnudan las espadas invencibles  
y el fusil montan; que en la atroz matanza  
muerte imprevista al enemigo lanza.

Desde la excelsa popa de su nave

Nelson contempla airado  
lo que anhela vencer; de los bajeles  
ve el rumbo combinado,  
que al combate atrevido se adelanta;  
y mal seguro de su antigua gloria  
iza al tope mayor de la Victoria<sup>1</sup>  
señal de acometer por divisiones;  
pero con furia tanta,  
que pueda en la enemiga arboladura  
sus jarcias enlazar: de sus pendones  
siguen la muda voz los fuertes leños,  
y por la niebla oscura  
rompe a su frente la feroz discordia  
[p. 5] con su funesta antorcha, iluminando  
el odio que a las naves va guiando.

Cual suelen al embate repetido  
del horrible terremoto  
luchar unas con otras las montañas,  
lanzando el encendido  
azufre de sus cóncavas entrañas,  
así al trabarse la naval pelea  
se acometen, se estrellan, se destrozan  
las embreadas y aniquilan,  
del cañón arrojando el rayo ardiente.  
Nelson audaz desea  
romper la fuerte línea, pero, en vano,  
una vez y otra con furor se avanza  
por donde lidia un campeón hispano:  
entonces su venganza  
a par del triunfo asegurar procura,  
aspirando a la gloria  
de rendir nuestra Real<sup>2</sup> su Victoria.

Furioso manda que torcidos cabos

---

<sup>1</sup> El navío Victoria, almiranta inglesa, que montaba Nelson.

<sup>2</sup> Navío Trinidad, comúnmente llamado la Real de España.

arrojen de su nave a la española,  
como a segura presa  
que teme le arrebate el mar o el viento,  
más invencible, y sola  
ve cien brazos tender de sus costados,  
que asiendo en un momento  
los cabos embreados,  
de las ondas cortando la distancia,  
muerte o victoria grita su constancia.

Vacila Nelson al mirar el brío  
que se ostenta en los pechos españoles,  
y el naval desafío  
[p. 6] teme que afrente su adquirido lauro;  
auxilios pide y sus veloces naves  
vuelan en su socorro,  
la enemiga rodean,  
y por rendirla con furor pelean.

No de otra suerte del ardiente abismo  
del Etna pavoroso  
saltan globos de fuego en humo envueltos,  
como en el choque bárbaro espantoso,  
al horrendo estampido  
de la pólvora atroz vuelan mil muertes;  
en torbellinos densos  
el vapor inflamado al cielo sube,  
y, sin cesar, de tan funesta nube  
ilumina el cañón el centro oscuro:  
arder se ven en rabia confundidos,  
y regados con sangre los bajeles,  
mientras cien voces, fuego repitiendo,  
doblan el triste y el marcial estruendo.

Entre el estrago fía en su ventaja  
Nelson del triunfo la dudosa suerte;  
abierto y destrozado  
vio al español bajel y, alborozado,

victoria fue a decir, cuando la muerte  
llegando enfurecida,  
le arrancó la palabra con la vida.

Yace cadáver el feroz britano;  
y ¡oh, siempre a tanta costa sus laureles  
compre Albión! ¡Oh, siempre sus bajeles  
se abismen, como el fiero Soberano<sup>3</sup>  
del Príncipe de Asturias combatido,  
fue en el mar turbulento sumergido,  
sepultando en su seno el vil tesoro<sup>4</sup>  
[p. 7] que de la Europa entera  
compró la destrucción... Mas, Musa, vuelve  
a celebrar las ínclitas acciones  
de la naval batalla, mira donde tremolan los pendones  
del Águila francesa arderse el viento,  
y el mar hervir en rayos centelleantes;  
cual de preñadas nubes fulminantes  
baja inmenso granizo despeñado,  
del relámpago y trueno acompañado.

Canta el caudillo, que miró rendirse<sup>5</sup>  
el pabellón Britano a su denuedo,  
que al sentir a sus plantas desplomarse  
el vacilante alcázar destruido,  
donde lidiar no tuvo,  
y a la suerte cedió sin ser vencido.

Impávidos en tanto por donde quiera  
sus fuertes compañeros  
combaten con tesón, cual, olvidado  
de la profunda herida que recibe,  
pelea hasta espirar; cual, denodado  
sobre el cadáver yerto de su amigo,  
al cañón enemigo

---

<sup>3</sup> Navío Soberano, echado a pique por el Príncipe de Asturias, que montaba Gravina.

<sup>4</sup> Doscientas mil libras esterlinas que venían a bordo del Soberano.

<sup>5</sup> Don Antonio Pareja, que antes de hundirse el alcázar de su navío hizo arriar bandera a uno inglés de tres puentes.

sirve de blanco, salpicado en sangre;  
otro, privado de los fuertes brazos  
por bala destructora,  
presta a los artilleros diligentes  
la pavorosa mecha con los dientes;  
y otro, que informe tronco  
yace tendido al pie de la cureña,  
previniendo la seña  
que hacen para alejarlo, ansioso exclama:  
“Dejadme, compañeros,  
[p. 8] dejadme aquí espirar... ¡vano socorro!  
Yo no puedo vivir, pero contento  
puedo junto al cañón mi último aliento  
exhalar, provocando vuestro brío:  
mi sangre por venganza  
clama: vedla correr, bañad en ella  
vuestros heroicos brazos,  
y en menudos pedazos  
prueben la misma suerte  
los que me dan tan horrorosa muerte”.

Dijo, y en los raudales de sus venas  
empapando feroz la mano helada,  
con ella macha a sus amigos todos,  
y “mueran”, grita; y espiró: responden  
a su postrer suspiro  
sus compañeros, redoblado el fuego;  
y su espíritu luego  
de los mortales lazos desatado,  
vuela al augusto templo  
de la inmortalidad, acompañado  
de ilustres sombras que, de sangre tintas,  
y ornada de laurel la frente yerta  
abren gozosas la celeste puerta.

¡Eterna gloria a vuestro heroico brío  
las cítaras de Iberia

hoy repiten al par del canto mío!  
Más ¿quién de tantos héroes las hazañas  
pudiera numerar? Lleva sus nombres  
la fama por el ámbito del mundo,  
y ejemplo sin segundo  
dejaron con su muerte a los valientes,  
que su esfuerzo imitando  
siguieron invencibles peleando.

[p. 9] Viose cubierto el campo cristalino  
de naves destrozadas,  
que en el inmenso espacio  
se hundieron de las ondas encrespadas;  
y en el sacro Palacio  
de Neptuno estrellándose, a sus ojos  
acinados cadáveres presentan,  
que la mansión purísima ensangrientan.

Airado el Dios la coronada frente  
alza, en ella pintando sus enojos;  
deja el trono de nácar y el tridente  
poderoso blandiendo,  
con ronza voz que el belicoso estruendo  
pudiera ensordecer, dice: “¿Hasta cuándo  
será que en sus furores los mortales  
turben la paz de mi feliz morada?  
¿No bastará a su ambición llenar la tierra  
de llanto y exterminio,  
sin que también los plácidos cristales  
sirvan de campo bárbaro a su rabia?  
Ondas, que de mi imperio vagaroso  
formáis la monarquía,  
sepultad implacables este día  
los que insultando mi poder pelean  
y a un tiempo todos sumergidos sean”.  
Dijo, y a su voz dócil, encumbrados  
montes de espuma el mar alzó rugiendo;

sobre ellos a las nubes se levantan  
las naves combatientes;  
y su rencor las olas dividiendo  
enfurecidas saltan,  
con horrendos vaivenes arrastrando  
los rotos leños de uno y otro bando.

[p. 10] Suena el clamor, la oscuridad se aumenta,  
desencadena el huracán Eolo,  
y el marinero en vano en la tormenta  
busca la estrella del helado polo;  
muerte y muerte no más por todas partes  
los peñascos, el viento, el mar, el cielo  
le presentan sañudos;  
y a tanto horror como en su daño crece  
él se abandona y sin temblar perece.

Neptuno de su carro aljofarado  
aguija los marítimos dragones,  
y vuela en medio del terror; su saña  
vuelve la airada vista  
a la desierta arena, que el mar baña.  
Más ¡ay! que entonces su feroz enojo  
mil veces detestó: ¡cuántos caudillos,  
espanto de Albión, gloria de España,  
vio de sus iras mísero despojo!  
¡Y cuánto le destroza el fiero pecho  
escuchar en el muro gaditano  
el doliente clamor!... Ya sin ventura  
la desolada madre busca en vano  
en la orilla el cadáver de su hijo:  
teme la tierna amante  
la suerte de su amado y calla y gime;  
más la esposa infeliz desesperada  
va por la playa errante,  
y en uno y otro pálido semblante  
hallar pretende a quien su pecho adora,

y al fin entre sus brazos lo recibe,  
moribundo lo estrecha, y dice... “aún vive”.

Pero ¡cuán generosos el socorro  
prodigaron lo pechos españoles  
[p. 11] igualmente al contrario y al amigo!

La deidad de los mares que, testigo  
fue de su compasión y sus hazañas,  
así exclamó: “mi cetro será vuestro,  
heroicas alas del consuelo dignas  
con que el Monarca Hispano,  
y el Héroe de la Paz al valor premian;  
dignas de la nación que tantas veces  
en mi campo argentado  
tremoló su estandarte laureado;  
y nunca podrá el tiempo de la gloria  
privaros, esforzados campeones,  
que eterna la memoria  
será de vuestras ínclitas acciones.”

“Y vosotras, ¡oh ninfas de la Hesperial,  
verde laurel y vencedora palma  
prevenid a los héroes valerosos,  
honor del suelo hispano; y cuando llegue  
joven amante vuestro amor buscando,  
decidle, señalando  
estos mares: Allí los defensores  
de la patria de gloria se cubrieron;  
imitad su valor, y si algún día  
vuestro nombre celebra a par del suyo  
la voladora fama,  
del Mirto ceñiréis la hermosa rama.”

[p. 12] Notas

- (1) El navío Victoria, almiranta inglesa, que montaba Nelson.
- (2) Navío Trinidad, comúnmente llamado la Real de España.
- (3) Navío Soberano, echado a pique por el Príncipe de Asturias, que montaba Gravina.

(4) Doscientas mil libras esterlinas que venían a bordo del Soberano.

(5) Don Antonio Pareja, que antes de hundirse el alcázar de su navío hizo arriar bandera a uno inglés de tres puentes.

[p. 13] Elogio del excmo. señor Don Federico Gravina, Capitán General de la Real Armada.

Por Don José Rior de Fuentes.

Madrid [ilegible]